

“¡Lo más lejos posible de Berlín!”
Hermann Hesse en el lago Constanza
Conferencia de Volker Michels

Hermann Hesse tenía 27 años cuando fue a Gaienhofen y 35 cuando se marchó. Vivió allí desde 1904 hasta 1912, es decir, casi ocho años. No fue ni siquiera una décima parte de toda su vida, pero tuvo enormes consecuencias para su propio desarrollo y para la parte del “Mar de Suabia”, donde el Rin abandona el lago, que se llama el lago bajo y que sigue siendo la zona más hermosa y tranquila. Para esta franja de terreno, al igual que más tarde para el sur de Suiza, la estancia de Hermann Hesse fue el estímulo que atrajo a muchos otros artistas para asentarse aquí. Pero nunca surgió una colonia homogénea de artistas, no hubo un Worpswede junto al lago Constanza, por similares que fuesen los motivos que tuvieron los colegas escritores y pintores para desplazarse allí en busca de un paisaje todavía intacto y en su estado original, para llevar una vida al margen de la destrucción de la civilización y de la industrialización. Ellos sabían por qué. Ninguno de ellos procedía de la provincia, sino de las grandes ciudades: Hesse de Basilea, Otto Dix de Berlín y Düsseldorf, Erich Heckel de Dresden y Berlín. Pues ¿dónde puede ser uno más consciente del contraste y dónde se puede presentar con mayor precisión que ante el lado opuesto de la desnaturalización, no echado a perder, y el exceso de estímulos de las metrópolis, ya sea en reproducción o mediante programas de contraste? La primera declaración de Hermann Hesse que se puede encontrar sobre el lago de Constanza informa sobre un resfriado que debió coger a mediados de diciembre de 1903 durante un viaje en barco desde Meersburg hasta Kreuzlingen, con motivo de su tercera visita a Emmishofen, en Suiza, para ver a Emil Strauss, su colega escritor once años mayor que él, cuya novela de colegio *Freund Hein* (“Amigo Hein”), publicada un año antes, había suscitado gran expectación y a quien Hesse, en su relato *Unterm Rad*, había animado a describir su época de colegio.

En una carta escrita el 9 de diciembre de 1903 a su amigo Hermann Haas, pintor y arquitecto, Hesse informa: “Tengo tal catarro que ya apenas puedo ver. Lo he pillado en el lago Constanza, donde estuve cinco días en casa de mi amigo Hein-Strauss. Fue espléndido y vi una infinitud de cosas bellas. Los ayuntamientos de Überlingen y Constanza, el castillo de Meersburg, las iglesias de Reichenau y la cancillería de Überlingen son de las cosas más bonitas que he visto nunca, y valen mucho más que un catarro.”

Por aquel entonces Hesse tenía 26 años; tres meses antes había terminado su aprendizaje como librero y anticuario en Basilea y se había hecho un nombre con la publicación de dos libros de poesías y prosa, pero también con artículos sobre libros en publicaciones suizas y alemanas. Ese mismo año Samuel Fischer, de Berlín, el editor alemán más importante para literatura contemporánea, había aceptado su primera novela *Peter Camenzind*, que ya en la tirada previa suscitó tal eco que empezó a delinearse el éxito internacional de la edición, que en 1905 se tradujo al noruego, al ruso y al sueco.

En 1902 Hesse conoció a Maria Bernoulli, nueve años mayor que él, hija de un abogado, que junto con su hermana regentaba en la calle Bäumlengasse de Basilea un estudio de fotografía artística, según rezaba en la placa del local. Como fue ella la que insistió poco después en establecerse junto al lago Constanza, vamos a estudiarla un poco y ver los antecedentes relacionados con ella.

Junto con Mia, como la llamaba Hesse, que por cierto fue la primera fotógrafa profesional de Suiza y además una apasionada pianista y escaladora, el poeta realizó en la primavera de 1903 su segundo viaje a Italia y poco después pidió su mano al padre de ella. Pero éste no quería saber nada de tener un poeta por yerno y, en un segundo intento que tuvo lugar el 23 de septiembre de 1903, le comunicó al pretendiente: “No puedo reconocer su profesión de escritor”. Sacó tan poco provecho de *Peter Camenzind* que, si bien le reconoció al autor un “carácter muy notable”, quizá por la loa al vino que aparece en el relato, le comunicó al escritor: “Pero no puedo dar mi aprobación a un enlace con mi hija”.

Hesse, que de todos modos tenía un “vago terror” al matrimonio porque veía en él una atadura y un obstáculo para su trabajo artístico – como demuestran las cartas que poco después le escribió su novia –, parece haber entendido las reticencias del padre Bernoulli como la confirmación de sus propias reservas, y parece que, de momento, tomó distancias. “Te añoro mucho”, le escribió poco después Mia en enero de 1904, “¡hasta el punto de que al menos debo ir a ti si a mí de ti no llega nada!... quizá en su día insistí demasiado en el matrimonio, y eso te ha vuelto impaciente y te ha presionado, pero quiero saberte libre de toda presión, porque a pesar de todos los obstáculos aparentes, estoy íntimamente convencida de que venceremos y saldremos adelante. A veces me parece que todo lo que ahora vivo sin ti es sólo una inútil pérdida de tiempo”. Dos días después escribe: “Debes ser libre. Nunca me has hecho una promesa formal... Entiendo que debe ser así para tu desarrollo artístico, que ahí no puedes tener consideraciones... Yo creí servirte con mi amor y poder embellecer tu vida, pero ha sucedido lo contrario... Que te vaya bien, tú que eres único, y perdóname – porque no sé desprenderme de ti de modo que no te des cuenta... Pero también debo decirte que todo mi único amor siempre te pertenecerá, aunque ya no pueda conservarte.”

Lamentablemente no se han conservado las respuestas de Hesse a las cartas de Mia. Se quemaron en febrero de 1942 durante un incendio en la casa de Mia en Ascona, salvándose sólo unos pocos escritos. Pero las cartas de respuesta muestran que su insistencia no fue en vano. “Querido corazón mío”, escribe Mia con agradecimiento tres días después, “mil veces gracias porque no quieras permanecer sólo y yo pueda quedarme contigo... Deseo que todo mi amor fluya sobre ti como un baño de sol cálido y luminoso. Estamos hechos el uno para el otro, y nada, nada nos debe ya separar”.

Entonces todo fue bastante rápido. En Pascua se prometieron, con o sin el suegro, y a partir de entonces es manifiesta la influencia de Mia, incluso por lo que respecta al futuro establecimiento junto al lago Constanza. Por ejemplo, cuando en febrero de 1904 Hesse juega con la idea de lograr una seguridad económica para su matrimonio aceptando un puesto de redactor en el periódico *Frankfurter Zeitung* que le proporciona Wilhelm Schäfer, ella se lo desaconseja. Cuando en abril piensa trasladarse después de la boda, quizá a Schwäbische Alb, ella le escribe: “Francamente, yo no me decidiría a gusto por la zona de Schwabenland... además en Schwäbische Alb hay demasiado poca agua; creo que si se va al campo [*parece que eso ya estaba decidido*] hay que cuidar de que en verano no tengamos sólo la bañera para bañarnos, sino que al menos se disponga de un riachuelo”. Por eso, y desde luego también por la mayor proximidad a Suiza, ella prefería la Selva Negra de Baden. Pero también había pensado ya en la localidad suiza de “Stein am Rhein, que al parecer es maravilloso y barato para vivir. Además está cerca de Emil Strauss, lo que no me parece nada mal.”

Parece que Hesse estuvo de acuerdo con esto, aunque sin decidirse por un lugar concreto. El 31 de mayo de 1904 Mia puso un anuncio en el que, sin indicar un lugar concreto, se buscaba simplemente una vivienda en la parte del lago Constanza que

pertenece a Baden. Dos semanas más tarde ella fue a ver a Emil Strauss en Emmishofen para ver viviendas durante cuatro días en Überlingen, Unteruhldingen, Wangen, Hemmenhofen y Gaienhofen, y la casita junto a la capilla del pueblo de Gaienhofen fue la que más le gustó. El 2 de julio se trasladó allí de nuevo junto con el arquitecto Hans Hindermann, amigo suyo de Basilea, para inspeccionar la casa en presencia de un experto y para firmar inmediatamente después el contrato de alquiler. Por lo tanto, todo lo hizo sin la intervención activa de su prometido, que desde octubre de 1903 se había retirado a Calw para allí, en el escenario de la acción, terminar la tragedia de estudiantes *Unterm Rad* y realizar dos trabajos de encargo para la editorial berlinesa Schuster & Loeffler, que había pedido a Hesse la redacción de monografías sobre Bocaccio y Francisco de Asís.

El 2 de agosto, una vez enviados los manuscritos y cuando la novia ya había preparado el nido junto al lago Constanza, pudo por fin celebrarse la boda, que tuvo lugar en Basilea porque allí vivían muchos amigos y familiares. “Mi boda”, informa Hesse a su colega Stefan Zweig, se hizo a toda marcha, porque el suegro no estaba de acuerdo..., llegué allí cuando mi suegro no estaba en Basilea, y entonces fuimos de inmediato al registro civil. El viejo gruñe en la lejanía, pero parece tranquilizarse poco a poco. Ahora soy un hombre casado y de momento se acabaron los tapujos.” Esa misma tarde, desde luego para huir del suegro, los recién casados se pusieron en marcha haciendo paradas en Schaffhausen, Constanza, Rheineck y Ermatingen con destino a Steckborn, para pasar de la orilla suiza del lago hacia Gaienhofen. Ya habían llegado seis cajas de libros procedentes de Basilea. Pero también hubo que esperar varios días a los muebles, y el escritorio, construido según las instrucciones precisas de Hesse por su amigo Hermann Haas en Munich, tardó en llegar tres semanas.

Por aquel entonces el pueblo de Gaienhofen no tenía ni siquiera 300 habitantes. Aquí, en la orilla alemana del lago, no había luz eléctrica, ni gas ni una conducción de agua, y mucho menos accesos de transporte confortables. El viaje más cómodo que se podía hacer era por vapor desde Constanza hasta la orilla opuesta suiza, luego hasta Steckborn y después cruzando el lago en ferry. Tampoco había aquí posibilidades de hacer compras, con excepción de una panadería, de modo que en el futuro Hesse tenía que ir remando dos veces por semana hasta la orilla opuesta del lago, a Steckborn, para aprovisionarse allí de todo lo necesario para vivir. “Ya me conozco todos los aranceles para artículos de cocina de memoria”, escribió tres semanas después de su llegada a Alexander von Bernus, “pero cuando es posible prefiero hacer contrabando.” Como contrapartida, allí se vivía con poco dinero. Por un alquiler de ensueño de 150 marcos al año (lo que desde luego era entonces más dinero que hoy), el granjero Hepfer les había cedido la mitad de la vivienda de su granja, consistente en cinco pequeñas habitaciones, mientras la otra mitad, con establo y pajar, se seguía utilizando para la agricultura. Hesse era así señor “de una casa, una mujer, un gato, una sirvienta y un sinfín de escarabajos y caracoles”, comunica brevemente Hesse, poco después de ocupar la nueva casa, a la arrendadora de su antigua habitación en Basilea.

“Nos establecimos frente a la capilla de San Mauricio y la fuente del pueblo, cerca de la escuela y del imponente tilo de la paz de 1871”, recuerda Hesse en una carta de los años cincuenta. La parte de la casa destinada a vivienda estaba formada por una cocina y dos habitaciones, de las cuales la más grande, que tenía una gran estufa de ladrillos verdes y lo que llamaban una ‘obra de arte’, era nuestra sala de estar y comedor. Había bancos de madera sin pulir a lo largo de las paredes revestidas de madera; allí había calidez y comodidad.”

Este ambiente escueto, lejos de las metrópolis y de la cultura de boato y florituras de la Belle Epoque del emperador Guillermo II, encajaba perfectamente con los ideales de los recién casados, que estaban decididos a llevar una vida según el modelo que tenía Hesse de su propio personaje novelesco de Peter Camenzind, un descendiente de Rousseau, Thoreau y Tolstoi, los ancestros de los actuales “verdes”, desarrollando aquí una vida de artista alternativa y alejada de la ciudad, sana, trabajadora y sin necesidades, pero con un único lujo, el de vivirla en medio de un paisaje hermoso y característico. Pues un poeta, anota Hesse en sus consideraciones en *Wahlheimat* (“Patria de adopción”), en muchos sentidos es “el ser con menos pretensiones del mundo”. Pero en otro sentido exige mucho y prefiere morir antes que renunciar a ello. “Por ejemplo, me sería imposible vivir sin que el entorno ofreciera a mis sentidos al menos un mínimo de sustancia auténtica, de imágenes reales. En una ciudad moderna, en medio de la desnuda arquitectura utilitaria, entre madera de imitación, en medio de meros sucedáneos y engaños, me sería completamente imposible vivir, allí perecería pronto.”

Desde el principio, Hesse fue lo opuesto de un literato con la pátina de la civilización. Siempre que le fue posible evitó las zonas de aglomeración y los círculos intelectuales. Tampoco le gustaron nunca las apariciones en público, porque le resultaba molesto vivir en un entorno donde sólo se le conocía como un nombre y una marca. “Nunca tenía suficiente privacidad en mi vida, y por eso jamás asistí a ninguna aglomeración de ‘personalidades’, ya fuese una reunión de salón, un club, un baile o un banquete; para mí era fácil excusarme, pues siempre vivía muy lejos en el campo”, anotó en 1933.

Le repelían la decadencia, las camarillas, la protección y la representación acicalada. Para ello tuvo oportunidades de sobra. A todo esto, *Peter Camenzind* también había causado furor en la capital de imperio: “Por mil motivos”, escribe entonces Hesse desde Gaienhofen, “tendría que ir necesariamente a Berlín, y me da mucho espanto. Lo único que me gusta de Berlín es que esté tan lejos de aquí.” Ni una sola vez visitó allí a su editor – a pesar de las insistentes peticiones de éste y al contrario de lo que hicieran casi todos los colegas autores de la editorial S. Fischer -, y en un poema que escribió poco antes de trasladarse a Gaienhofen dice significativamente:

“Man hatte mich eingeladen,
ich wusste nicht warum.
Viel Herren mit schmalen Waden
standen im Saal herum.

“Allí he sido invitado
y no he sabido por qué.
Muchos de estrechas perneras
había en la sala de pie.

Es waren Herren von Namen
und von gewaltigem Ruf,
von denen der eine Dramen,
der andre Romane schuf.

Eran señores de nombre
y de considerable fama,
unos novelas hacían,
otros escribían dramas.

Sie wussten sich flott zu betragen
und machten ein gross Geschrei,
da schämte ich mich zu sagen,
dass ich auch ein Dichter sei...”

Se comportaban gentiles
en medio de algarabía,
pero yo me avergonzaba
de decir que hacía poesía...”

Desde luego, por aquel entonces los vecinos de Gaienhofen apenas debieron sospechar en un principio que él era un poeta. Por aquellos años, excepto granjeros y pescadores, no había artesanos y por eso él tuvo que intervenir personalmente y sanear la casa, en ese momento bastante deteriorada, desde el tejado hasta el solado.

Hesse, tan suabo como ahorrador, informa que tuvo que “enderezar a golpes los clavos de cajón uno a uno en el dintel de piedra de nuestra casa y rellenar las crecientes fisuras en el piso superior con estopa y papel, y después pintar el entramado de madera con pintura roja.” Pero en cuanto la casita estuvo medio rehabilitada, su esposa Mia, quizá por el desacostumbrado clima húmedo del lago, o quizá por los esfuerzos del traslado, sufrió ataques de reuma tan dolorosos que tuvo que ser llevada de vuelta a Basilea, al hospital, donde permaneció tres meses. Por lo tanto no es de extrañar que Hesse se quejara entonces así en una carta dirigida a su colega escritora Helen Voigt-Diederichs: “Y por pequeña que sea la casita, el diablo mete dentro su rabo.”

Esto también lo debió saber Stefan Zweig, uno de los entonces casi cien amigos y colegas que visitaron a Hesse durante su primer año en Gaienhofen. Este poeta de Viena, capaz de gran entusiasmo, entró con tal viveza en el pequeño despacho de Hesse, situado en el primer piso de la casa, que no vio el cabio bajo de la puerta y lo golpeó con la cabeza con tal ímpetu, que tuvo que tumbarse durante un cuarto de hora antes de poder pronunciar palabra de nuevo. Pero también otros visitantes podían perder el habla, sobre todo si llegaban sin avisar. Podía suceder que encontrasen a Hesse durante los meses de verano con una vestimenta consistente sólo en gafas y cigarro, una cultura nudista que desde luego practicaba no sólo cuando nadaba en el lago. Pero entonces lo hacía sin cigarro.

Hoy ya no se puede comprobar si iba o no en serio con su intención de mantener alejados con la ballesta a los visitantes no deseados y a los turistas pesados que querían robarle el tiempo, pero, por el contrario, de saludar con una salva de pistolón a sus amigos, aunque no es nada improbable dada su afición por los fuegos artificiales y las tracas. Hesse informa de ello en una de sus respuestas a cartas de los lectores, que por aquel entonces eran ya tan numerosas, que a finales de 1904 solicitó a la oficina de distrito del Gran Ducado de Baden en Constanza una oficina de correos propia para Gaienhofen. Tres semanas después de su llegada al lago Constanza adquirió una barca de remos para hacer compras y muchas excursiones, que con ella se podían realizar hasta la próxima isla de Reichenau, a Thurgau o hacia abajo hasta Stein am Rhein y Schaffhausen. “Con cierto desprecio por la muerte”, le escribió en noviembre de 1904 a su colega escritor Wilhelm Schmidtbonn, “con ella se podría incluso navegar a vela”. Algunas de las fotos de ambiente, como las reunidas en su libro del lago Constanza, deben a esas excursiones en barca su claridad y el coloreado de la época.

Al leer estas descripciones, que hoy siguen actuando sobre nosotros de forma tan elemental como el grito de una gaviota o un rayo de sol, uno ya no se siente espectador ni extraño, sino parte integrante del paisaje entre el juncal y el lago. Esta sensibilidad de su prosa, totalmente inusual y destacada incluso por el crítico Kurt Tucholsky, le suscitó al satírico vienés Franz Blei la idea de caracterizar así al colega en su *Literarisches Bestiarium* (“Bestiario literario”): “El pájaro llamado hesse es el nombre que le dan a una encantadora paloma de los prados que ya no se encuentra en estado salvaje. Por su delicadeza se convirtió en un ave de jaula muy extendida, que hace gozar al visitante porque, incluso desde la jaula, sigue haciendo gestos como si estuviera libre en el bosque. Esto le proporciona al habitante de la ciudad la sensación de naturaleza, lo cual se refuerza gracias a dos glándulas muy pequeñas por las que el ave segrega un olor que recuerda levemente la fragancia de los abetos.” Esto tiene una malicia encantadora y quizá también un poco celosa.

Hesse describe a las personas de modo no menos marcado que a la naturaleza, al viento cálido del sur, a las formaciones de nubes, al agua y a la rica variedad del paisaje del

lago, los Alpes y los promontorios. En las numerosas excursiones que realiza desde Gaienhofen a las inmediaciones, no se le escapa que, como por ejemplo durante un viaje por Appenzell, gracias a la subida de algunos nativos de Romanshorn, el tren “parece reducir amablemente su velocidad. Esto se produce tan sólo gracias al dialecto, a los personajes, a las caras y a los gestos”, o el papel que desempeñan, por ejemplo, los fallecimientos que aquí, porque en las localidades pequeñas como su pueblo junto al lago Constanza son relativamente más infrecuentes, se honran con mayor participación que en las ciudades, “donde cada día mueren personas sin que nadie pueda hacerles caso excepto el Todopoderoso”. En las observaciones que escribió junto al lago no se puede dejar de oír una valoración de lo común y lo que une. No sólo por el parentesco que vincula a las personas en el triángulo de los tres países, sino también por una procedencia propia supranacional, Hesse nunca tuvo dificultad para superar las fronteras arbitrarias de los países y el nacionalismo estrecho de miras. “Mi fe en las razas”, escribió en 1919, “nunca fue muy viva. Sin embargo soy alemán, y lo soy de modo más intenso y consciente que la mayoría de quienes lo son realmente por raza... este territorio suizo y del sudoeste alemán es mi patria, y el hecho de que por este territorio pasan varias fronteras regionales y una frontera imperial ya lo noté, con frecuencia nítidamente, tanto en lo pequeño como en lo grande, pero en mis sentimientos más profundos nunca he podido percibir estas fronteras como algo natural... la existencia de estas fronteras nunca se manifestó, jamás, en diferencias esenciales entre las personas, en su idioma y sus costumbres, no se mostraron ni aquende ni allende la frontera diferencias notables en el paisaje ni en los cultivos, en la construcción de las casas ni en la vida familiar... para mí eran patria las dos orillas del alto Rin, se llamase el país Suiza, Baden o Württemberg... durante toda mi vida conocí las fronteras entre Alemania y Suiza no como algo natural, evidente y sagrado, sino como algo arbitrario que consideraba una separación entre territorios hermanos. Por eso, muy pronto surgió en mí una desconfianza hacia las fronteras de los países y un amor íntimo, con frecuencia apasionado, hacia todos los bienes humanos que por su esencia sobrevuelan las fronteras y crean vínculos distintos a los políticos.” Esta postura, de la que desconfiaron muchos de sus críticos calificándola de “no histórica”, “escapista” y “sentimental”, le imposibilitó más tarde a Hesse participar en el sentido de realidad no sentimental y en la “franqueza histórica” para dos guerras mundiales. En lugar de ello, al avanzar su edad se encontró “impulsado a valorar todo aquello que une a las naciones, las ideologías y las religiones mucho más que lo que las separa”.

Este elemento es también el que preserva las descripciones de Hesse del lago Constanza de la literatura patria fundamentada en el provincialismo. De todos modos está bastante desarrollado su sentido hacia la importancia del origen y la patria, y nunca renegó ni dejó de utilizar su dialecto suabo, ni siquiera a avanzada edad. Pero él jamás ensalza su origen a costa de otras pertenencias. Por ejemplo, al comenzar la primera guerra mundial escribe:

“Una de las necesidades más sencillas, que uno normalmente no percibe porque jamás se convierte en hambre, es también la patria. Y no me refiero a la Patria... me refiero a las imágenes que cada uno de nosotros conserva de la niñez como primeros recuerdos. No son tan hermosos porque la patria chica sea necesariamente más hermosa que el resto del mundo, sino porque es la primera que hemos visto con el primer agradecimiento y la primera fresca de nuestros jóvenes ojos infantiles. Eso no es sentimentalismo. La patria chica es lo más seguro que tenemos cuando todavía no hemos alcanzado los peldaños más altos en lo espiritual. Ese concepto puede significar varias cosas. La patria puede ser un paisaje, o un jardín, o un taller, o también un tañido de campana, o un olor. De lo que se trata es del recuerdo sobre la época del crecimiento, sobre las primeras impresiones

más fuertes y sagradas de nuestra vida. También forma parte de ello el modo de hablar de la patria. Para mí, que vivo en el extranjero, cada vez que vuelvo a casa el primer revisor de tren suabo es una auténtica ave del paraíso... se toca lo más íntimo, ese pequeño tesoro seguro que tenemos desde los años de la más temprana juventud. Ahí están revueltas las imágenes y las impresiones, con frecuencia se les da poco valor, pero en conjunto es una solución espesa que no se puede agitar sin que se produzcan cristales.”

Pero volvamos al lago Constanza. La producción literaria de Hesse durante los ocho años de Gaienhofen fue rica y de una asombrosa variedad temática; aquí surgieron 25 grandes relatos. Como ejemplos baste con mencionar *In der alten Sonne* (“Bajo el viejo sol”), *Die Marmorsäge* (“La sierra para mármol”), *Der Lateinschüler* (“El alumno de latín”), *Heumond* (“La luna de heno”), *Schön ist die Jugend* (“Hermosa es la juventud”), *Ladidel, Das Nachtpfauenauge* (“La saturnia”), *Casanovas Bekehrung* (“La conversión de Casanova”) y la primera parte de *Knulp*, que en parte todavía desarrollan su acción en Calw. Apenas estuvieron terminadas, la mayoría fueron inmediatamente publicadas por las redacciones de los periódicos del imperio alemán, de Austria y de Suiza, mucho antes de que apareciesen en forma de libro en los tomos de recopilación *Diesseits* (“A este lado”) (1907), *Nachbarn* (“Vecinos”) (1908) y *Umwege* (“Rodeo”) (1912). Varios volúmenes de poemas, propios y editados, así como las novelas *Unterm Rad* (“Bajo la rueda”) y *Gertrud*, corresponden a la época de Gaienhofen. La novela de músicos “Gertrud” la publicó Hesse, para disgusto de su editor Samuel Fischer, no con él en Berlín, sino con su competidor de Munich Albert Langen, en cuyo semanario satírico *Simplicissimus* Hesse colaboraba desde 1905 con prosa breve y poemas.

En compañía del genial ilustrador Thomas Theodor Heine, el ágil editor Albert Langen visitó por primera vez a Hesse en marzo de 1905 en el lago Constanza y realizó el intento de arrebatarlo a la editorial Fischer prometiéndole fantásticos porcentajes. Pero no fueron tanto las seducciones financieras, que de todos modos Hesse utilizó para forzar a su editor berlinés, lo que le decidieron, como más bien la franqueza ante el mundo y el coraje civil del empresario Albert Langen, que por culpa de sus ataques al emperador Guillermo II tuvo que exilarse a Francia y, pese a ello, consiguió convertir su editorial en instrumento para su objetivo de lograr una apertura cultural de Alemania hacia los estados europeos vecinos. Hesse también se identificaba con la resistencia de Langen al dominio prepotente, despreciativo y centralista de la política cultural prusiana (frente a los artistas del sur de Alemania, que allí eran considerados provincianos y taimadamente ridiculizados), de modo que aceptó gustoso la propuesta de Albert Langen de colaborar como editor en una nueva revista, que ofrecía todo lo que podía ofrecer la cultura del sur de Alemania, de Suiza y de Austria, y que en recuerdo del alzamiento democrático de 1848 fue llamada *März* (“Marzo”). Para lograrlo, la minúscula localidad de Gaienhofen se convirtió entonces en un punto focal de la política cultural alemana, cuando el editor muniqués, esta vez acompañado por Ludwig Thoma y Olaf Gulbransson, llegó a Gaienhofen en abril de 1906 para fundar esa revista. Llegaron en uno de los primeros automóviles fabricados en serie, lo que levantó considerables nubes de polvo. Albert Langen, que entonces contaba 33 años de edad, tenía tal pasión por el nuevo vehículo de transporte que un año después se hizo cargo incluso de una representación general para la venta de automóviles en Baviera y Württemberg; esta pasión le costaría poco después la vida. A una edad que no llegaba a los cuarenta años, en 1909 murió como consecuencia de una grave infección del oído medio, después de haber intentado adelantar a un zepelín mientras iba en un cabriolé abierto.

Durante cinco años, hasta que partió de Gaienhofen, estuvo a cargo de la sección cultural de la revista *März*, que Hesse calificaba de “revista de combate de oposición decidida”. Para ello requirió muchos viajes a la redacción de Munich. Pero desde la muerte de Albert Langen, su trabajo allí se dificultó de un modo que a partir de ese momento prefería dejar la labor de editor al joven Theodor Heuss.

A comienzos de 1907, cuando aparecieron los primeros ejemplares de la nueva revista, Hesse inició la construcción de una casa propia en la localidad cercana de Erlenloh. Mientras tanto había venido un hijo al mundo, y tendría otros dos durante su etapa del lago Constanza. Un préstamo sin intereses del suegro de Basilea, que al parecer había hecho las paces con su yerno, que había logrado hacerse famoso, facilitó reunir los 20.000 marcos, y finalmente hubo también electricidad y agua corriente.

Esta importante finca con ocho habitaciones, un mirador y terraza, el gran despacho en el piso superior y una vista entonces aún libre sobre el lago hasta la torre de la catedral de Constanza y hasta la cadena de cumbres de los Alpes, incluía también su primer jardín propio, que debía servir en gran medida para el autoabastecimiento. Pronto el mayor entretenimiento de Hesse se convirtió en cultivar el jardín. Muchos visitantes informaron sobre las consecuencias de sus afanes, la fecundidad y la magnificencia de flores campestres del jardín de Gaienhofen, sus arriates colmados de flores, más de treinta frutales y una avenida de girasoles. “Hay algo de goce de creación, y uno puede crear para el verano sus frutas favoritas, sus colores favoritos, sus olores favoritos. Un pequeño bancal, un par de metros cuadrados de tierra desnuda, se puede convertir en un alegre ondular de colores. “

Uno de sus invitados, un joven profesor (del centro de educación rural de Glarisegg, situado en la otra orilla del lago), informó décadas después en la *Gazette de Lausanne* que por aquel entonces Hesse le había guiado por el nuevo jardín y le había señalado sobre todo el camino principal recubierto de arena: “Observe lo bien compactado que está este camino. Bajo la arena hay un buen lecho, pero no de piedra, sino que ahí debajo, en capas bien ordenadas, está toda la literatura alemana de hoy.” Hesse confirma este episodio en una carta dirigida a Martin, su hijo más pequeño, en septiembre de 1944: “En Gaienhofen teníamos toda la arena que queríamos, pero no había piedras, y tuve que cimentar todo el camino con libros que no valían y con grandes cantidades de revistas.” Esto fue tan útil como poco convencional. Gracias a lo muy leídos que eran sus debates sobre libros, Hesse ya recibía entonces de los editores unos 500 libros al año para que los comentase, y los que no le parecían adecuados los eliminaba de este modo “fundamental”.

En la mayor parte de sus cartas escritas en Gaienhofen destella el deseo de saltarse convencionalismos, algo fresco, osado, con frecuencia drástico. Le divertía oponer a la ostentosa conciencia estamental de la sociedad guillermina una forma de vida de provocadora sencillez, y al comportamiento aparatoso de sus colegas intelectuales una lacónica vinculación a lo práctico. Algo de esta aversión a todo lo suntuoso y parafernático se observa también en las historias que escribió entonces de artesanos, vagabundos y personajes estrafalarios. Poco a poco empezó a establecerse en Gaienhofen una pequeña colonia de artistas, y pronto se mezclaron del modo más productivo todas las formas de expresión, la poesía, la pintura y la música, en el círculo de amigos de Hesse.

El primero que le siguió aquí fue su amigo tubingio de juventud, el médico y poeta Ludwig Finckh, que a finales de 1905 se trasladó para siempre a Gaienhofen. Los colegas poetas alemanes Emil Strauss, Emanuel von Bodman, Jakob Schaffner, Wilhelm von Scholz,

Wilhelm Schussen y Christian Wagner eran huéspedes bienvenidos. De Stuttgart vino Wilhelm Lang, escritor y lector del Deutscher Verlagsanstalt, junto con el cual Hesse compuso la antología de canciones populares *Der Lindenbaum* (“El tilo”).

De Munich, además de Albert Langen, también vino el joven editor Georg Müller en compañía de Leo Greiner, el director del cabaré “Die 11 Scharfrichter” (“Los 11 verdugos”); Wilhelm Schäfer, editor de la revista de arte de primera fila *Die Rheinlande*, vino varias veces, así como Jakob Wassermann, Stefan Zweig y Carl Hauptmann, el hermano olvidado de Gerhardt Hauptmann. A ellos se añadieron todos los pintores y amigos músicos, como el carpintero Max Bucherer de Basilea, que se asentó aquí en 1905, el pintor Wilhelm Steinhausen de Frankfurt, el dibujante Ludwig Renner y Otto Blümel, que entre otras adornó con sus dibujos la novela de Hesse *Gertrud*, las colecciones de poemas *Unterwegs* (“De camino”) y *Lieder deutscher Dichter* (“Canciones de poetas alemanes”), así como las ocurrentes siluetas y versos para su canción de organillo sobre el viaje de Hesse a India. (“Siehe, er umschiffet Europa / Und ist plötzlich in den Tropen” [“Mira, da la vuelta en barco a Europa / Y con trópicos se topa”].). Vinieron los pintores Ernst Würtenberger, que aquí hizo un retrato de Hesse en 1905, y Fritz Widmann, compañero de viaje en varias excursiones por el norte de Italia; los músicos Edwin Fischer y Alfred Schlenker, dentista y compositor de Constanza, para quien Hesse escribió en 1910 el libreto de una ópera llamada *Die Flüchtlinge* (“Los fugitivos”), y que en marzo de 1911 le llevó a Gaienhofen al joven compositor de canciones suizo Othmar Schoeck. Hesse se sentía muy próximo a este genio para la invención de melodías acordes, pero en 1910 escribió a Theodor Heuss: “Para mí, como lírico que soy en secreto, el deseo por la melodía es quizá aún mayor que el de penetrar en materias de envergadura.”

Pero en cuanto consiguió aquello en lo que Hesse tanto tiempo había soñado, patria y pertenencia, en su naturaleza siempre oscilante entre la vida sedentaria y el nomadismo asomaron los síntomas de cambios futuros. De forma similar a Robert Walser, de esencia afín, con frecuencia le estimulaba el cambio de decorados, las excursiones y los viajes cada vez más lejanos. “¡Oh, vosotros, los caminantes”, escribió entonces, “vosotros, de alegres pies ligeros, en cada uno de vosotros, aunque le haya regalado una pequeña moneda, veo alejarse a un rey!”. Con su disposición al cambio y al nuevo comienzo, los vagabundos son para él una espina y un estímulo para preservarse del estancamiento y el engorde que produce la inmovilidad. Por eso, al describir un *Fussreise im Herbst* (“Viaje a pie en otoño”) dirige su atención a personas saturadas de su misma edad, que había conocido cuando “la vida todavía tenía para ellos el precio de un beso y el mundo el de la travesura de un loco”, pero que ahora “se adornaban con patillas, tenían a la asistente consigo y se apasionaban con discusiones de filisteos sobre precios del suelo y cambios en la planificación del ferrocarril”.

El intento de aliviar su alma escribiendo sobre esta problemática en su relato de vagabundos *Knulp* sólo lo logró entonces a medias. El manuscrito quedó sin terminar. Sólo años después, una vez que hubo tomado distancia, incluso externa, con Gaienhofen y la primera guerra mundial puso fin al vagabundeo, logró terminar de escribir la historia. Es muy sintomático que un relato de los últimos años en Gaienhofen se titule *Tedium vitae* – El tedio de la vida –.

Por lo tanto no fue una renuncia al lago Constanza el motivo por el que Hesse trató de escapar al cabo de ocho años de idilio. Por aquel entonces tendría que haber abandonado cualquier otro lugar. En septiembre de 1911 llegó la hora: cinco semanas después del nacimiento de su tercer hijo, Martin, emprende el viaje más lejano de su vida,

se va a India, a donde habían partido sus padres y sus abuelos como misioneros. Regresa a mediados de diciembre y poco después toma la decisión de abandonar Gaienhofen para siempre y vender la casa que había construido sólo cuatro años antes. En septiembre de 1912 se va con su familia a una “destartalada finca de aristócratas” en Berna, la casa del pintor amigo suyo Albert Welti, que había fallecido poco antes. Así termina la época más tranquila y apartada del mundo de Hermann Hesse. La primera guerra mundial está a las puertas y con ella “la anulación de una cómoda ceguera y falta de responsabilidad”, como escribió en retrospectiva sobre los años que pasó junto al lago Constanza. La segunda mitad de su vida que entonces comienza “fue la dramática”, resume a la edad de 80 años, “rica en luchas, en enemigos, en necesidades y éxitos, pero creo que la fuerza para superar esta inquieta mitad de la vida provino de la primera mitad, más tranquila, de los casi cuarenta años de paz que pude vivir antes de que el bullicioso teatro del mundo se hiciese notar de modo para nosotros tan inoportuno. Se hablaba de la guerra como de un baño de acero”, continúa, “pero según mi experiencia sólo es la paz la que proporciona fuerzas.”

Conferencia pronunciada el 22 de julio de 1995 en el Museo Hermann Hesse-Höri, Gaienhofen.

© Volker Michels, 1995.